recibir una ofensa más grave aún para el orgullo, con la satisfacción que experimentaría el ofensor al tener la seguridad de haberlo humillado; á presentar á los golpes inevitables las partes menos delicadas de la vanidad; á pactar incesantemente con el orgullo de los demás; á conceder algo á todos, aun contra conciencia, para obtener de ellos alguna cosa: una labor ingrata, permanente, un alternar fatigoso de pequeñas victorias que no le contentan y de pequeñas derrotas que le torturan.

¡Ah! ¡quién pudiera estudiar en el rostro de un hombre toda la intrincada y variadísima gimnasia muscular que corresponde á semejante juego de sentimientos! Su estudio á la verdad es curiosísimo, precisamente porque se trata de uno de esos sentimientos que más quisiéramos y menos podemos ocultar. Cuando, por ejemplo, hacemos de alguien un caluroso elogio, el alabado intenta conservar su rostro inalterable para esconder el sentimiento de su vanidad satisfecha; pero sucede siempre que la sonrisa recogida, digámoslo así, en los labios, se sube á los ojos, y brilla y se escapa en la mirada con toda la fuerza de expresión con que ha sido lanzada desde la boca; con lo cual el alabado deja ver al propio tiempo su vanidad y el orgullo que le impulsa á refrenarla. Cuando en una conversación dice alguno una frase afortunada, que hace prorrumpir á los presentes en una carcajada general, él también se ríe bonachonamente para ocultar su viva satisfacción; pero aunque su sonrisa no dure mas que un segundo, todo su rostro fulgura y brilla como el de un niño que obtiene un premio. Cuando un hombre conocido y vanidoso pasa por la calle, compone su cara dándole determinada expresión de distracción y tranquilidad, pero hay en sus ojos una movilidad irresistible, acompañada de cierta expresión cuidadosa é interrogante, en que todos comprenden que su vanidad va á caza de miradas curiosas y de admiración.

La expresión de este sentimiento es tan viva é irrefrenable, que comprendemos hasta en el rostro de un petimetre desconocido que pasa por la calle-comprendemos, repito, que debe ir estrenando un traje aquel día; y fijando la mirada, con efecto, lo reconocemos muchas veces por las indicaciones de su fisonomía. Los artificios á que se recurre para guardar este sentimiento son infinitos. Hay quien, al entrar en un sitio donde sabe que le van á mirar (por ejemplo, entre las filas apretadas de las butacas de un teatro), adopta un aire de inocencia y de estupor infantil. Hay quien, al recibir una alabanza que le llena de alegría, lleva la conversación hacia un asunto triste para ocultar el placer bajo la nueva expresión de tristeza.

Otros, al oirse elogiar por un amigo, quieren atribuir distinta significación á la sonrisa que se extiende por su rostro, haciendo cualquier ademán de broma á que pueda achacarse; por ejemplo, dar al amigo con el índice en el pecho como para buscarle las cosquillas.

Recúrrese á todos los expedientes: en la mesa se bebe de pronto para ocultar la cara tras el vaso; fumando, se lanza una nube de humo que envuelva la fisonomía; se pasa la mano por la frente como para alejar una idea enfadosa, y durante este acto se recomponen rápidamente los músculos traidores; finge uno acordarse de repente de alguna cosa importante, oir un ruido que hace volver la cabeza; se tose, se deja caer cualquier objeto, se retuercen las guías del bigote para cubrir con la palma de la mano la boca, que es la reveladora más delicada y más terrible del ánimo, porque no puede evitar, como los ojos, la mirada del observador, sino acudiendo al tosco artificio de morderse los labios, que á nadie engaña.

Y todo este manejo completamente inútil, lo hacemos todos continuamente, siendo así que sabemos, por experiencia propia, cuánto más simpático parece, cuánto más favorablemente se juzga al que, elogiado, deja ver un vivo contento de amor propio, lo demuestra abierta y francamente, frotándose las manos, y

riéndose con una risa sinceramente placentera, que no aquel otro que, con vano esfuerzo, quiere fingir una decorosa indiferencia. Nos calamos todos sobre el rostro con gran cuidado una máscara de cristal limpísimo, ¡pretendiendo ocultarnos con esa máscara y defendernos con tal visera!

\* \*

Otro sentimiento de los que más sin piedad demuestran los movimientos del rostro es aquel á quien Shakespeare, personificándolo, atribuye «el rostro flaco y la hórrida máscara» -la Envidia-y es, quizá, uno de los más difíciles de tapar, ya porque es mezcla á un tiempo de humillación, de rabia y de dolor; ya porque siendo uno de los sentimientos de que más nos avergonzamos, hacemos mayor y aun más visible esfuerzo para disimularlo. No hay nadie que, alguna vez en su vida, no haya sido envidiado ó que no se haya complacido en atormentar á un envidioso, observando con la curiosidad de anatómico despiadado los movimientos de su fisonomía. ¡Es cosa que admira el irrefrenable poder expresivo del rostro humano!

Anunciad de pronto á quien está atacado de esa enfermedad una buena noticia vuestra ó una satisfacción de vuestro amor propio, y le veréis instantáneamente en la cara, como el efecto de un golpe en el estómago. Primero pasa por su frente una palidez rapidísima, dilátanse sus ojos y salta el músculo que levanta los labios; pero todo esto no dura mas que un momento, durante el cual reflexiona que á toda costa debe regocijarse, y entonces sonrie; pero su sonrisa es tan pedantesca, como dicen los fisiólogos, y tan penosa, que él mismo comprende que no ha conseguido ocultar nada, y se avergüenza; y penetrándose de que deja traslucir esta vergüenza, hace á toda prisa, para esconderla, una serie de tentativas que dan lástima, las cuales no sirven de otra cosa que de empeorar más y más su situación.

El hombre perspicaz, cuando se ha dejado coger así, comprende que lo mejor es resignar-se y sufrir en un silencio contrito todas las humillaciones; el necio continúa luchando, alargándose á veces á congratulaciones tanto más ruidosas cuanto más embusteras son. Pero es inútil; una sonrisa ligerísima que luzca en los ojos del que le escucha, le advierte que el secreto está adivinado. Quien se ha encontrado una vez en este caso ; y quién no se ha encontrado! recordará haber sufrido un verdadero su-

plicio: pues realmente la expresión de la envidia es con frecuencia idéntica á la de una profunda afficción; recordará que, después de aquella humillación, una vez lejos del que le atormentaba, ha permanecido despechado, rebelándose contra sí mismo, y ha jurado hacer otra vez un esfuerzo desesperado, inmenso, para no traicionarse; recordará que otra vez, herido de envidia hacia esa misma persona, ha decidido dar él el primer paso, y ha sido el primero en alegrarse de su suerte, no por otra cosa que por no dejarse coger de sorpresa, ó á fin de atacar aquella conversación con el rostro ya preparado para el disimulo.

Un ardid semejante le mueve á alabar exageradamente delante de otros á la persona ausente; porque la alabanza, alejando toda sospecha de envidia, aparta la mirada de los presentes de nuestro rostro, donde leerían nuestro sentimiento.

Esta expresión varía mucho, según las personas: en unos, lo primero que se altera es el color de la tez; en otros, una ola de sangre invade el rostro; en muchos es una mutación violenta de éste, como si sintiéramos que el bisturí nos entrara por las carnes; una verdadera lástima por la misma persona envidiada, la cual, generalmente, por una de esas insólitas contradicciones de la humana naturaleza, provoca la

envidia y al mismo tiempo se ofende de ella como de una injuria.

Hay, á propósito de esto, en L'Assommoir, de Zola, una pincelada muy gráfica. Cuando los Lorilleux, marido y mujer, entran en el comedor de Gervasia, á quien envidian, no pueden reprimir la manifestación de su sentimiento al ver aquella mesa tan espléndidamente adornada; mucho más cuando, con una probatura furtiva, se persuaden al tocar el mantel de que es nuevo y finísimo; y muestran la envidia de tal manera, que la tía Coupeau, satisfecha con la ira que les consume, dice en voz baja á su nuera y á los demás:

—¡Mirad! ¡Mirad! Vosotros no la habéis visto, pero yo la acechaba. Cuando vió la mesa, torció así el gesto, las comisuras de sus labios se le subieron hasta los ojos; y á él esto le sofocó; se puso á toser... Ahora, vedlos allá abajo; se muerden los labios.

Torcer el gesto es la verdadera palabra; no hay exageración ni en esta ni en la frase de Leopardi, según la cual, al anuncio de algo próspero que haya ocurrido á una persona, «los rostros de sus amigos (de sus amigos es demasiado) se ven distenderse y nublarse; y en algunos, hasta aparecer como asustados; ni en aquella frase de un escritor francés, el cual contando haber anunciado por burla á ciertos

jóvenes obreros que un colega suyo, pobre como ellos, había heredado inesperadamente medio millón, los vió á todos ponerse pálidos como cadáveres, y á uno de ellos contraer el rostro con un pliegue tan angustioso, que le recordó la risa horrible del célebre muerto magnetizado de Edgardo Poe.

Y además, en los muchos casos que diariamente ocurren, el observador tiene siempre campo abierto para estudiar las distintas expresiones de este sentimiento: vaya á los estrenos de las obras de un dramaturgo ilustre, y fíjese en sus colegas, los autores, sobre todo en los que con más calor aplauden. Si la comedia va mal, el estudio será especialmente interesante; si alguna vez, cuando parece inevitable una catástrofe, surge un rasgo que hace nacer cierta probabilidad lejana de que la comedia se levante, verá en el rostro de los colegas una expresión mal velada de espanto, que le servirá para hacer utilísimas meditaciones sobre el alma humana. El proverbio dice: « el amor no puede estar oculto; » lo mismo podría decirse que no puede ocultarse la envidia. Y este es el mayor de sus castigos: el no poderse esconder; impesibilidad saludable, la cual nos induce á menudo á hacer todo lo posible por sofocar y extirpar la pasión, á fin de sustraernos al martirio público á que la misma nos condena.

\* \*

Otro de los sentimientos más difíciles de disimular es la vergüenza. No hablo particularmente del rubor, que es de la especial competencia del fisiólogo. A éste toca decirnos si la facultad de ruborizarse es adquirida ó es originaria; por qué modificaciones irregulares en la circulación de la sangre se produce el rubor; por qué hay actos de atención que modifican sobre nosotros mismos esta circulación; hasta qué partes del cuerpo puede extenderse el rubor; cómo empieza en los distintos individuos; cómo se manifiesta en las diferentes razas; de qué especiales sentimientos físicos es precedido y acompañado, y por qué nuestro rostro, más que otra parte del cuerpo, está sujeto á él.

Pero aun cuando pueda sostenerse que la tendencia á avergonzarse es hereditaria, hay una edad en que todos, quién más, quién menos, la hemos experimentado: la edad de la adolescencia y la primera juventud; edad en que es más viva la causa de ruborizarse (la cual depende de un gran temor hacia el juicio que los demás puedan formar acerca de nuestro exterior —sobre todo si el que juzga es de otro sexo)—

precisamente porque es más vivo el deseo así como la necesidad de agradar; y esta necesidad de ser agradable por nuestro exterior es más intensa en aquella edad, porque puede decirse que todavía no tenemos otra condición por la cual nos juzguen, carecemos de ese valor personal reconocido, que inspira una previa simpatía en la cual descanse nuestro amor propio. Todos nos acordamos del pesar que en aquella edad nos ha producido esta facilidad para ponernos colorados; recordamos situaciones vergonzosas cuya sola idea ha hecho acudir á nuestro rostro durante mucho tiempo nuevas oleadas de rubor; situaciones en las cuales hubiésemos querido que la tierra nos tragase; verdaderos tormentos para el amor propio, durante los cuales nuestra mirada y nuestra razón se oscurecían; humillaciones á las que sucedían furiosas rebeldías del orgullo y proyectos de ser otra vez audaces y descarados; propósitos que á la primera ocasión se resolvían en nuevos pavos. Y dejo ésta para ocuparme de otra expresión de la vergüenza, que es propia de edad más avanzada, cuando ya no nos avergonzamos, ó sólo nos pasa esto en casos rarísimos. Los fisiólogos podrán dar una razón física de esta cesación del rubor; pero es evidente que hay una causa psicológica.

Y es que en la edad madura, cuando en me-

dio de la multitud nos asalta un sentimiento de vergüenza, el orgullo viril, que se siente ofendido, provoca rápidamente en nosotros una reacción de ira sorda y de despecho, que produce con frecuencia una decoloración del rostro. Al presentarse en una sociedad que le cohibe, el joven se pone colorado; el hombre maduro, las más de las veces, se pone pálido.

El joven se resigna, con cierto abandono, á su rubor; el hombre se irrita y se rebela.

Y no es raro verle, después de una de estas humillaciones, presa de febril sobrexcitación, volverse desenvuelto, áspero, agresivo, para vengarse de la vergüenza sufrida. Mientras ésta dura, es un error psicológico, en que incurren muchos, querer sacar del atolladero á la persona humillada, dirigiéndole la palabra con evidente intención de tranquilizarla.

En tal caso, nada le hiere tanto como este auxilio no buscado de una cortesía misericordiosa, que le hace sentir más vivamente la inferioridad de su condición; prefiere la grosería que le distrae de la atención sobre sí mismo. Todos recordamos haber visto muchas veces, en hombres avanzados en años, cuán característica y dolorosa es la expresión de esta vergüenza viril que ya no puede enrojecer: la frente se arruga, la vista se tuerce, todos los músculos tiemblan; y mientras el rubor del joven inspi-

ra simpatía, esta otra expresión, lívida, digámoslo así, de confusión y timidez, despierta por lo general un sentimiento opuesto: porque parece que no revela mas que orgullo morboso ó conciencia de la bajeza propia. Todo el mundo sabe cuánto puede dificultar la fortuna de un hombre esta facilidad de avergonzarse visiblemente por motivos futilísimos: hay quien sólo por ello vive alejado de la sociedad, y pasa su vida envidiando desde lejos esa maravillosa desenvoltura, ese dichoso rostro de metal que á todo se atreve y por nada se turba, y que conquista el mundo con la soberana tranquilidad de su impudencia.

\* \*

Más admirables aún que las expresiones de los sentimientos son, sin embargo, todas aquellas ligeras alteraciones del semblante que manifiestan pensamientos é intenciones á que no corresponde movimiento alguno del ánimo; bien que, á la verdad, ningún pensamiento, por abstracto que sea, puede hacerse efectivo sin promover un correlativo sentimiento. Es admirable también que estas fugaces sensibilidades

hallen expresión adecuada en nuestros órganos exteriores. Dos destellos de falsa luz que brillan en los ojos de un amigo acudiendo presuroso á felicitaros por vuestro último discurso en el Ayuntamiento, os hacen adivinar que toca aquel asunto por saber si habéis leído una violentísima diatriba publicada en contra vuestra por un periódico de la localidad, y que él ha devorado con fraternal satisfacción; y por una leve arruga en la piel de la frente, al advertir que no la habéis leído, adivináis que, al continuar en sus alabanzas, busca allá en su interior la manera de daros á beber la amarga nueva, sin dejaros sospechar que siente placer en ello. Si inmóvil en la calle, contáis á un amigo con palabras tristes la desgracia que ha ocurrido en vuestra familia y él os oscucha en actitud sentida, con el semblante lleno de sincera tristura, y los ojos fijos, como si le absorbiera el pensamiento de la vanidad de las cosas humanas; y de repente, por un ligerísimo cambio de sus ojos y por un movimiento indefinible de sus labios, os dais euenta no sólo de que una reflexión profana cruza por su mente, sino que adivináis casi el objeto de este pensamiento (hasta tal punto es característica la expresión de su cara), si seguís, en efecto, la dirección de su mirada, os encontraréis con que algo más allá una hermosa da-

ma descubre su pie al tener que alargar el paso para salvar un charco.

Otra expresión delicadísima es la de la ateneión que otro nos presta cuando hablamos. Causa maravilla el ver cómo por el lenguaje de la cara podemos reconocer con la mayor exactitud aquellas diferentes gradaciones. El más hábil en dominar su propia fisonomía, puede intentar todos los esfuerzos que quiera para hacernos creer que nos escucha atentamente; si su pensamiento no está presente, aun más, si no lo está por completo, lo advertimos infaliblemente por un no sé qué de inexplicable que hay en sus ojos y en su boca.

Y esto nos permite reconocer la verdad de aquella observación de Vauvenargues: que nada es tan raro, en las conversaciones ordinarias, como el prestar atención á los discursos de los demás; porque, mientras uno nos habla, nosotros, casi siempre, en lugar de oirle, preparamos ó el razonamiento ó la anécdota que vamos á decir después que acabe, y, con la mirada fija en la suya, utilizamos hipócritamente nuestro esfuerzo de concentración, haciéndole creer que ponemos una atención profunda en sus palabras. Esta rareza de ser escuchado es la razón de que ningún acto, ninguna expresión cortés, nos sea tan agradable como la atención viva que se presta á nuestros discursos,

aun cuando lleve consigo la indicación de disentimiento de nuestras opiniones. Mas ¿qué preocupación del espíritu se puede ocultar á un ojo observador?

Los aires de forzada distracción y ciertos ademanes, ciertos gestos que no tienen nombre, nos revelan de pronto al que sigue en la calle á una simpática criatura con la intención de no ser observado. En los banquetes políticos, mientras un orador pronuncia su brindis, reconocemos á casi todos los que han de hablar después de él por la expresión con que sus fisonomías dan muestra de escucharlo: el ojo perdido, los párpados inferiores elevados y contraídos, contraída también la parte superior de los músculos orbiculares, todos los caracteres expresivos de lo que el fisiólogo llama atención vuelta hacia sí mismo. Reconocemos por los ángulos caídos de su boca y por una cierta oblicuidad particular de las cejas al comensal que se levanta de la mesa con el discurso en el cuerpo. Todas estas expresiones del semblante, no lo olvidemos, son para nosotros todos una larga y continua fuente de placeres y de satisfacciones, sin las cuales nos serían fastidiosas la mayor parte de las compañías. Son sobre todo un manantial cómico inmenso, que sirve en gran manera para alegrarnos la vida; son la causa y los elementos de una infinidad de pequeñas escenas curiosas y

útiles para el estudio de los hombres, que ningún pintor será capaz de retratar nunca v que ningún escritor lograría trascribir jamás. Ningún literato llegará á reproducir la escena mu\_ da que sigue á una conversación de personas constituídas en dignidad y comedidas, cuando algún personaje á quien se debe la apariencia del más profundo respeto deja escapar en medio de general silencio, algún colosal y ridículo despropósito. El juego rapidísimo de fisonomías que entonces se produce, el cruce de miradas instantáneas y chispeantes, la correspondencia de las sonrisas, que en menos de un segundo se extienden, cambian recíprocos comentarios v se prometen libres desahogos de hilaridad allá euando hayan bajado la escalera, es uno de los espectáculos más amenos á que se puede asistir en la vida.

Y lo cierto es que vivimos de estos pequeños consuelos bastante más de lo que nos atrevemos á confesar: tanta es la importancia de la expresión del semblante. Hay personas cuya compañía nos es grata nada más que por una especial y vigorosa expresión cómica que toma su cara en ciertas ocasiones; hay sonrisas fugaces, que, cogidas al vuelo en determinadas fisonomías, se recuerdan luego años enteros con un placer siempre vivo, como si fueran completas poesías joviales; y en el campo del sentimiento, expre-